

La casa habitada



Carlos J. Climent
La casa habitada

XXVII Premio Felipe Trigo
de Narración Corta

algaida



Un jurado presidido por Isaac Rosa y compuesto por Antonio Saéz Delgado, Isabel Román Román, Francisco Almena García-Ortega, Nieves Gutiérrez Calderón, Fernando Villamía Ugarte, María de la Cruz Rodríguez Vegazo, Andrés Barba Muñoz, Ignacio Elguero de Olavide, María Isabel Tena García y Noelia Chaparro García otorgó a *La casa habitada* de Carlos J. Climent el XXVII Premio Felipe Trigo de Narración Corta, que fue convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena.

Primera edición: enero, 2010

© Carlos J. Climent, 2010

© Algaida Editores, 2010

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-298-2

Depósito legal: M-44.582-2009

Impresión: Huertas I. G. (Madrid)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para Roberta, que me salvó
cuando yo huía*

Aparte de eso todo estaba callado en la casa. De día eran los rumores domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer, un crujido al pasar las hojas del álbum filatélico.

JULIO CORTÁZAR
La casa tomada

—CLARO QUE BIEN MIRADO — DIJO EL señor Bayot sin apartar la vista del periódico— quizá podrían asearse ellos en la cocina y dejar un poco de espacio en el baño para los demás.

Los demás. Así era como titulaba habitualmente el papá de Marcos a los miembros de su propia familia, a su querida esposa y a sus dos hijos. Resultaba curioso que a pesar de ser ellos los recién llegados, el señor Bayot insistiera en ese lacónico *los demás* para referirse a los suyos en claro contraste con Samuel, su mamá y la abuela Frida, los inquilinos originales. Puede que el hecho en sí, me refiero a la invasión, dejara indiferente al resto de la gente pero para la mamá de Samuel la presencia de aquella fa-

milia extraña era una verdadera molestia. Para empezar, el viejo caserón heredado no tenía las estancias necesarias para albergar a tantas personas y a primera hora de la mañana la puerta del único baño, en eso tenía razón el señor Bayot, era lo más parecido a una oficina de reclamaciones. Además estaban los recuerdos, los objetos cotidianos de viuda prematura, las fotografías color sepia que colgaban en las paredes de su dormitorio, las cajitas esmaltadas con botones de nácar que esperaban pacientemente ser zurcidos de nuevo en alguna camisa de Samuel, todo eso que se acumula poco a poco y que va tomando naturaleza de carne propia, de sangre sin la cual la vida no se sostiene. Y todas esas cosas importantes se encontraban más allá del salón, detrás del largo corredor que conducía a sus antiguos aposentos y que ahora pertenecían por derecho de conquista a los Bayot, al papá de Marcos, a su preciosa esposa y a sus dos retoños.

Y entonces, por si fuera poco, lo de la cocina. Claro que desde un punto de vista práctico era más que posible habilitar una parte de

aquel espacio para que ella y Samuel, y en menor medida la abuela Frida, pudieran asearse todos los días sin molestar a los demás. El lugar era amplio, con un pequeño patio exterior repleto de latas improvisadas como tiestos donde en verano se multiplicaban la albahaca y el cilantro. Un poco más allá, detrás de una vieja cortina desplazada sobre un carril, se encontraba la alacena, que si bien era estrecha y oscura podía muy bien hacer las veces de práctico vestidor. Eso no era un problema. Ellos ya se habían acostumbrado poco a poco a las incomodidades propias de un repliegue militar, a ese ir perdiendo plazas ante el empuje silencioso de un batallón inmisericorde que avanzaba pieza a pieza, rincón a rincón, asegurando los espacios ya tomados con banderas en forma de abrigos y otros objetos inviolables: estilográficas, pendientes de bisutería, ovillos de lana, cuadernos escolares...

Cada nueva ofensiva de los Bayot se gestaba un domingo cualquiera con una sutil sugerencia en la mesa del desayuno. Mientras Lena miraba a Samuel con cara de verbo libidi-

noso —a ellos todavía se les permitía desayunar con el resto de la familia— el señor Bayot leía un enorme diario desplegado ante todos como una gran vela orientada a otros mundos. Absorto detrás de aquel parapeto parecía que no prestaba atención a las pequeñas conversaciones que aquí y allá se encendían y se apagaban con la resignada satisfacción que impregna siempre los domingos de la pequeña burguesía de provincia. Pero en un momento dado, imponiéndose como un inesperado bocinazo en un auditorio silente, sonaba la voz subterránea del papá de Marcos proponiendo un inesperado cambio de mobiliario, una nueva ventana para aumentar la ventilación, quizá el desplazamiento longitudinal del inmenso ropero de la abuela Frida con vistas a sellar una puerta demasiado molesta para la intimidad de Lena, quince años, casi una mujer. Y claro, la mamá de Samuel no podía evitar un escalofrío porque la experiencia le había enseñado que aquello significaba un punto de partida, el cañonazo anunciador de la enésima arremetida contra sus posesiones más queridas. Sabía que el lunes o el martes,

pero en todo caso siempre al llegar del economato, hallaría una puerta interior cerrada con dos vueltas de llave o un biombo aparentemente inofensivo haciendo las veces de frontera intangible entre los hemisferios del comedor. A cada descuido sin importancia el espacio vital de la familia iba perdiendo peso como en una casita de muñecas, las estancias iban clausurándose misteriosamente sin aparente ruido y ya no volvían a abrirse nunca más. Todo iba tomando un color de sombra, de retroceso agónico sin venir a cuento, como si el universo fuera estrechándose más y más mientras ellos se replegaban en busca de escondites no habitados todavía por los Bayot.

Así era como circulaban las cosas por entonces en la casa, tres meses después de la llegada del amiguito de Samuel con la inevitable disculpa de un examen en el horizonte. Marcos era un chico despierto con un flequillo moreno que parecía ostentar vida propia. En la escuela tenía fama de paladín, de arrebatador de incipientes corazones femeninos, y a Samuel le pareció extraño y sublime que le suplicara re-

pasar con él los rudimentos de la química orgánica. ¿Puede quedarse Marcos a estudiar esta tarde? Marcos se quedó y volvió a la tarde siguiente y al otro día también, ahora con libros y maquetas de enormes moléculas encarnadas que podían desplegarse como un juego de mecano y convertirse a través de minuciosos enlaces de hidrógeno en nombres de dinosaurios tales como el trimetilciclopentano, que Samuel, por alguna extraña razón, relacionó siempre con el Tiranosaurio rex; al fin y al cabo, otro monstruo producto de las caprichosas cadenas de carbono.

El hecho aparentemente banal de que Marcos se quedara a dormir una noche no hizo más que ensanchar la satisfacción de una madre demasiado acostumbrada a un hijo taciturno y poco dado a las amistades. Por ahí vislumbraba la mamá de Samuel una brecha por la que ahondar un poco en la naturaleza triste del chico, que a pesar de sus doce años parecía un viejo profesor universitario realquilado en alguna casa de pensión de suburbio. En los estudios demostraba talento y confianza en sí mismo,

los profesores sentían un acendrado afecto por él, pero más allá de los libros Samuel patinaba un poco en cada curva de la vida, escorbaba peligrosamente a babor o a estribor y al final, sin remedio, acababa naufragando al ladito de una isla solitaria llena de cocoteros. Y allí se quedaba asustado hasta que alguien venía a salvarlo a nado, casi siempre su madre desde que el papá de Samuel muriera fulminado por un rayo interno que le partió el corazón.

Por eso el salvoconducto a Marcos para que pernoctase al ladito de Samuel las noches que quisieran permitirle sus padres. Ya se sabe que la química, como la felicidad, necesita de esfuerzos prolongados, así que ella no tuvo reparos en acomodarle a Marcos un lecho plegable en el mismo dormitorio de Samuel. Por las noches miraban el cielo por una especie de catalejo y Marcos le contaba que tenía una hermana que se llamaba Lena y que sus amigos decían que era una diosa. A Marcos, Lena no le parecía tan bonita aunque en secreto sentía una especie de orgullo menesteroso al poseer aquel bien que tanto anhelaban sus amigos de fran-

cachelas. Al parecer, y siempre por informaciones sesgadas llegadas a soplos a oídos de Marcos, Lena tenía el instinto de una pantera. Y a decir verdad había algo en sus ojos, cuando miraba al hermanito orinando en el retrete mientras él se duchaba, como si todavía fuera una niña, había algo en aquellos ojos húmedos que despertaba cierta confusión en Marcos, una confusión que terminaba siempre en una súplica de grito insolente para que se marchara porque ya no eran dos críos y a él no le gustaba que ella le mirase con las bragas de encaje por los tobillos y canturreando siempre la última canción de moda.

—Claro que bien mirado —dijo el señor Bayot sin apartar la vista del diario— quizá podrían asearse ellos en la cocina y dejar un poco de espacio en el baño para los demás.

Bueno, eso sí que era posible, claro que sí, pero para ello era necesaria cierta organización. La abuela Frida no era muy vieja pero reclamaba para sí aquella absurda intimidad que pretenden todos los ancianos cuando se dan cuenta de que empiezan a oler a queroseno y que a